

## La máquina de coser

*Elite*, 1952-07-05.

El dueño de la casa de empeños es amigo mío. Yo giro una visita de cuando en cuando a la planta baja donde está situado el negocio. Está en una callejuela estrecha, llena de huecos, que ha quedado un poco al margen de la Caracas nueva. La casa es vieja, con un portalón ancho y dos ventanas. Los huecos de estas ventanas están tapizados con peroles viejos montados unos sobre otros en un equilibrio raro y difícil, como unidos unos con otros con la herrumbre y el polvo. La entrada también esta custodiada por cosas que a simple vista no sirven: un baúl sin cerradura, lleno de agujeritos de polilla; dos candelabros enormes, con relieve de un barroco pesado y grotesco, que culminan en dos cirios amarillo-sucio de cartón; un esqueleto de máquina de coser, con el volante enmohecido, la correa rota, pero brillante por un baño reciente de pintura negra. Después hay otras cosas más que yo no sé para qué sirven: pedazos deformes de hierro con girones de tela colgando; dos cajitas de madera que parecen de tabacos, pero no son, y otras cosas que tampoco serán lo que parecen y no me atrevo a clasificar. Total, que para entrar al negocio por un portalón tan grande, hay que enfilear la entrada de costado. Dentro, hay un mostrador corrido y limpio de mercancía. Pero los estantes y el suelo están llenos de cosas: desde relojes viejos de pared hasta otros muy bonitos de muñeca que han sido cuidadosamente colocados en una pequeña vitrina que está colgada de una clavos enorme en la pared. Al entrar, a uno le da la gana de montar sobre el mostrador para caminar, porque es el único sitio donde se puede andar; pero detrás le esperan los ojos benévolos de mi amigo, que le convendrían sin levantar la voz. Y Ud., amigo, si lo hiciera, bajaría en seguida, y le pediría excusas a mi amigo.

\* \* \*

Nicolás, mi amigo, "el anticuario", como le llamo yo, es un tipo normal. Quiero decir que es como el común de las gentes: sin grandes aspiraciones, sin ninguna extravagancia, un hombre tranquilo que se dedica a este negocio como se hubiera podido dedicar a otra cosa. Yo le comparo a veces a esos relojes viejos que tiene colgados en la pared, que a veces se retrasan un poco, hasta a veces, se paran un momento, pero con sólo un golpecito en la caja empiezan de nuevo a caminar con el "tic-tac" regular del que sabe su oficio. Mi amigo, ni los relojes parecían destinados a la trastienda de una casa de empeños. Los relojes, cuando los hicieron, no tenían nada de particular; otros hechos al mismo tiempo habrán tenido otro destino; exactamente como pudo tenerlo mi amigo; pero una vez aquí siguen tranquilamente su marcha, sin exasperarse, con sus pequeñas aradas, recibiendo su gotita de aceite, y marcando el tiempo, como cosa muy natural en un reloj.

No ha chocado a nadie, tampoco, que mi amigo, muy aplicado, muy corto de genio y muy sosegado, haya venido a parar detrás de un mostrador de cosas viejas que aún están en situación de prestar algún servicio.

He dicho que mi amigo Nicolás es un tipo normal, y he explicado lo que significa para mí esa normalidad. Quiero decir, además, que no se complica mucho la vida con filosofías más o menos justificativas de conducta, de esas acomodaticias que hoy se estilán mucho; que es un tipo fácil de entender y no tiene ninguna rareza especial. Cuando terminó el bachillerato le pusieron en trance de elegir carrera. recuerdo que me preguntó:

—¿Qué te parece que podría hacer yo sin llamar la atención de las gentes? Dime sinceramente: de qué tengo aire?

Yo me eché a reír. No es que me extrañara mucho la pregunta, porque sabía que Nicolás no tenía entusiasmo por nada especial, y que era, en cierto modo un indeciso. Pero recordé entonces que en una reunión de amigos, uno que era nuevo en el grupo preguntó refiriéndose a él: "Quién, es aquél de gafas que tiene aire de chivo triste?"

Claro que no se lo dije. Se hubiera visto en un pequeño aprieto si hubiera querido ser lo que parecía a los ojos de aquel compañero. Me limité a decirle que acaso sería un buen químico o un farmacéutico; nada de pleitos, abogado no; ni arquitecto tampoco, porque haría las casas chatas, bajas, con tragaluces, con ventanas estrechas. A él le venía bien un laboratorio un poco oscuro, trabajando horas y horas sin levantar la vista; o una botica con frascos bien ordenados en los estantes, despachando diez gramos de ésto y cien de lo otro.

El agradeció mi sinceridad, y siguió mi consejo. Comenzó a estudiar química, y hasta se entusiasmó con unos libros viejos de alquimia que encontró en el desván de su casa. Parece que pertenecían a un abuelo suyo, que era aficionado a estas cosas. Nicolás ha debido heredar algo del espíritu de covacha y misterios de su abuelo del que alguna vez he oído contar algunas rarezas. Pero Nicolás no es raro; nada de eso. Sólo que tiene aire de alquimista, o de chivo triste. Pero le faltó la verdadera afición para ser químico, y después de dos años de estudio dejó la carrera.

Con la misma resignación con que comenzó sus estudios se metió a aprendiz de relojero. Yo creo que hubiera llegado a ser un buen oficial si alguien no le propone la venta de la casa de empeños que tiene ahora. El se entusiasmó con la idea, y se metió entre trastos como se hubiera podido dedicar a otra cosa un poco oscura, un poco triste, otro oficio de rutina.

\* \* \*

Decía que suelo visitar de vez en cuando a Nicolás. Siempre están prendidas las luces en el negocio; pero de noche se ve mejor no se por qué. Aquel aparente desorden el negocio resulta entonces ordenado y limpio. Sólo que las cosas viejas, cuando están un poco apretadas, parecen estar alborotadas y fuera de sitio. El único que parece estar siempre en su lugar es Nicolás.

Detrás del mostrador hay un pequeño espacio limpio de objetos, frente a frente a la entrada Nicolás se entretiene allí, sentado en una silla vieja de rejilla, viendo pasar a la

gente, contestando a las preguntas que le hacen desde la puerta, y recibiendo a sus clientes. A su espalda queda un hueco negro, como la entrada de una cueva. Da acceso a un pequeño cuarto sin ventana donde Nicolás tiene una pequeña mesa, dos sillas, un espejo y unas perchas para colgar la ropa. Cuando llego yo, entra dentro, saca una de las sillas, la coloca al lado de su asiento, y me la ofrece.

El negocio no va nunca ni bien ni mal: "Puá... así, así".

\* \* \*

Aquel anochecer hablamos de caballos. Recuerdo que Nicolás tenía una combinación muy buena para el "5 y 6". No es que jugara mucho, porque él no hacía nada con exceso, pero siempre arriesgaba una docena de bolívares, y pasaba los domingos pegado al receptor. Esa manía de pasarse las tardes de los domingos metidos en casa cuando se tienen 30 años puede parecer anormal; pero a mí en Nicolás todo me parece muy natural, y sigo creyendo que esa no es rareza mayor que la de pasar el domingo achicharrándose al sol en la playa, sólo porque va todo el mundo y los médicos dicen que eso es muy sano. Yo quisiera ver reunidos a los médicos de 20 generaciones para ver si se ponen de acuerdo sobre la conveniencia de tomar el sol o beber agua cuando uno tiene fiebre. Estoy seguro que todos opinarían diferente. Y quién le dice a uno que ahora, precisamente, es cuando la medicina está dando las instrucciones correctas para preservar la salud!

Pues aquel anochecer hablábamos de caballos. De pronto se interrumpió mi amigo y quedó silencioso, en una actitud ansiosa, mirando a la puerta. Siempre se paraba allí algún curioso que asomaba la cabeza, giraba los ojos en redondo, detenía un poco la mirada en el espacio vacío donde estaba mi amigo y se marchaba sin decir nada. Esta vez se trataba de una señora joven, vestida de oscuro, muy agraciada, que miraba detenidamente a la máquina de coser. De pronto se volvió hacia nosotros:

– Todavía está aquí, ¿verdad?...

La pregunta me pareció estúpida. Pero cuando no sabemos qué decir, decimos tonterías así, y generalmente suelen tener algún significado. Cuando al cabo de un rato de estar observando la máquina, la señora se marchó, yo sonreí a mi amigo...

No, no, no es lo que tú te figuras. Es una cliente un poco rara, nada más...

Yo no tenía por qué figurarme nada de lo que presumía mi amigo. Pero la misma insistente negativa de Nicolás me puso en guardia. Y desde entonces, cada vez que llego al negocio, me paro frente a la máquina y le digo en broma:

– Todavía está aquí, ¿verdad?...

Cuando llegué ayer al negocio, la máquina no estaba allí. Como siempre, me paré a la entrada, miré hacia donde estaba mi amigo, y cuando iba a hacerle la maliciosa pregunta del ritual, Nicolás se adelantó:

– Ya no está, caballero, se fué...

No sé si fué el tono de mi amigo, o porque había tomado cariño a la máquina de coser recién pintada de negro, tuve por un momento la sensación de haber perdido algo. No se, una sensación rara de pesadumbre.

Noté esa misma tristeza en Nicolás. Y hasta tuve intenciones de preguntarle algo más acerca de la máquina. Pero no lo hice. Ni mi amigo me dijo nada, tampoco. Y la cosa no pasó de ahí.

Esta mañana se me ha ocurrido repasar distraídamente una página de anuncios económicos del periódico. No sé por qué, porque no lo hago nunca. Y me ha llamado la atención uno que decía:

"MAQUINA DE COSER, EN BUEN USO, SE VENDE".

Y aquí una dirección. De pronto me ha asaltado la idea de dar una sorpresa a Nicolás. No tuve la menor duda de que aquella máquina era la misma que salió del negocio de mi amigo. Traté de razonar: Máquinas de coser hay miles en Caracas; es generalmente prenda muy utilizada en este tipo de compra y venta, acaso porque es muy útil y resulta muy negociable. Pero, obsesionado con la idea de encontrar la máquina, salí.

La casa que señalaba la dirección estaba dentro de un callejón estrecho. Toqué la puerta, y apareció una señora gruesa, no muy limpia, que me preguntó qué quería:

– ¿Por la máquina? ¡Ah!, sí, es aquí, pase. Acaba de venir otro señor ahora mismo...

Y me condujo a través de un patio, hasta una habitación que estaba al otro lado. La señora me pidió que esperara un momento, hasta que el otro señor saliera de la habitación. Y al cabo de unos segundos salió: era Nicolás. El me vió inmediatamente, y parecía un poco confundido.

– ¿Es esa? –le pregunté.

– No, no es...

Y sin hacer caso de la señora y su esposo, que nos miraban extrañados, salimos silenciosamente los dos.